

chimenea. INÉS enciende un cigarrillo. ALFONSO está sentado junto a la lumbre.)

PEDRO.—(Los mira y dice trémulo.) Sí, así era... En el sueño o en la realidad, donde ocurriera aquello, así era... Yo estaba esperando; ahora sé lo que espero. Espero la vuelta de Laura a esta habitación. El regreso de Laura, que se ha sentido un poco indisputada y ha subido un momento a su cuarto. Tú, Juan, te habías quedado así, pensativo, junto a la chimenea... Inés encendía un cigarrillo... ¿No os acordáis? Alfonso, ahí, sentado junto a la lumbre... (ALFONSO echa un leño a la chimenea.), echaba un leño... y se frotaba las manos así... Ahora me fijo en que todos llevábamos los mismos trajes... Tú, Inés, ese traje negro que te compraste en París... El pelo recogido así... Esa perla... Juan, ese traje leco verde claro, los mismos zapatos oscuros... Te hiciste esa cortadura al afeitarte, ¿verdad? Yo, el mismo traje cruzado: la misma camisa de "nylon" blanco... Esperad... Solo falta que suene a lo lejos algo... (A lo lejos se oye una especie de tam-tam. Lo escuchan.)

JUAN.—Es la gente que se divierte así por la calle. (Sigue sonando el tam-tam, que va alejándose. Lo escuchan. ALFONSO comenta:)

ALFONSO.—Parece... como un tam-tam que comunicara una noticia a través de toda la selva...

PEDRO.—Pero ¿no os acordáis?

INÉS.—¡Dijisteis eso mismo!

ALFONSO.—Sí. Estamos volviendo a vivir o viviendo por primera vez aquella horrible noche o aquel espantoso sueño.

JUAN.—¡No quiero! ¡No quiero! ¡Me da horror!

ALFONSO.—Esta noche podemos evitarlo. No bebamos, por Dios.

INÉS.—Hay que estar tranquilos. Aguardar serenamente.

PEDRO.—Que nadie beba. ¡Nadie!

ALFONSO.—Si Laura existe, esta noche no puede morir.

PEDRO.—(Trata de sonreír.) No pasa nada... Voy a poner un poco de música... (Pone un disco. Es una vieja melodía.)

ALFONSO.—Aquella noche (o en el sueño...), también lo dijiste, Pedro: "Voy a poner un poco de música." (Consulta su reloj.) Sería esta hora. Empezó a sonar esta melodía... que Laura paró poco después de entrar... Yo estaba aún preocupado, como ahora lo estoy, con la cara que había visto a través de la ventana, con aquel único ojo que nos espía, con la cuerda... Juan golpeaba el suelo con el pie, como ahora... (INÉS retoca su maquillaje.) Tú, retocabas tu maquillaje... (INÉS se detiene.) No, sigue; si ya es igual... si no tiene remedio... Y Pedro miraba, como ahora mira, a la escalera... Entonces apareció Laura... (INÉS está inmóvil. Paralizada. En lo alto de la escalera ha aparecido LAURA.)

JUAN.—Laura, ¿tú? (LAURA empieza a bajar la escalera. Sigue sonando la melodía. Desciende el

TELÓN

extraño... Pedro, paralizado en su asiento... La voz trémula de Alfonso... Bien... Y ahora yo tengo que adivinar lo que estáis representando, ¿no es así? Pues es..., a ver si lo acierto..., la llegada de un aparecido, de un fantasma, ¿verdad? (*Nadie responde.*) ¿Lo acerté? (*Nadie responde. Están inmóviles, mirándola.* LAURA *los observa con cierta inquietud.*) Bueno, ¿qué es esto? (*Silencio.*) Vais a hacer que me enfade. (*Silencio.*) ¡Me estáis asustando! ¡Juan, Alfonso, basta ya! ¡Basta ya! (*Un silencio.*)

JUAN.—(*Por fin.*) No..., no te enfades, Laura. Ya... te explicaremos.

LAURA.—Estáis borrachos.

JUAN.—No. De verdad.

ALFONSO.—De verdad. No hemos bebido nada.

LAURA.—Entonces, ¿qué os pasa? (*Ha hecho que pare el disco de la vieja melodía.*) ¿Queréis decirme... qué es lo que os pasa?

JUAN.—Es difícil de explicar. No..., no te esperábamos. LAURA.—Me he echado un poco, y en seguida me he encontrado mejor. Por eso he decidido bajar. Os encuentro muy raros. ¿Qué ha pasado?

JUAN.—Nada. Nos habíamos reunido a celebrar la Nochevieja sin ti..., porque tú habías muerto. (LAURA *ríe.*) Calla, Laura. No te rías así, por Dios. Calla.

LAURA.—(*Deja de reír.*) ¿Yo... había muerto?

ALFONSO.—Sí. ALFONSO.—Es divertido... Estamos charlando todos aquí de cosas triviales. Me siento indisputa. Subo un momento a mi habitación, y cuando vuelvo a bajar, ya os habíais reunido sin mí ¡porque yo estaba muerta!

ALFONSO.—Hace un año que estás muerta, Laura. Te mataron en el jardín... La Nochevieja pasada.

LAURA.—Bien... ¡siento defraudaros. Aquí estoy "todavía".

INÉS.—No es posible.

CUADRO SEGUNDO

JUAN, INÉS, PEDRO y ALFONSO, en las mismas posiciones y actitudes que al terminar el cuadro primero

LAURA sigue bajando la escalera. Sonríe

LAURA.—Bueno... Aquí estoy...

ALFONSO.—Pero, Laura, ¿eres tú?

JUAN.—(*Inmóvil, en su sitio.*) No es posible.

INÉS.—(*Aterrada.*) No. Es una alucinación. No puede ser Laura.

PEDRO.—¡Laura! (LAURA, *extrañada, se encoge de hombros, se sienta.*)

LAURA.—Ya me lo explicaréis.

ALFONSO.—Pero Laura...

LAURA.—Sí, el juego... Ya me lo explicaréis.

ALFONSO.—(*Se acerca a LAURA. Le acaricia los cabellos.*

Trémulo:) Pero ¿qué dices? ¿El juego?

LAURA.—Debe de ser muy divertido... No sé cómo será, pero lo hacéis muy bien.

ALFONSO.—Son tus cabellos, Laura. Tu perfume. Lo recuerdo.

LAURA.—Ya... Es como teatro... Y ahora, ¿qué tengo yo que hacer?

ALFONSO.—Tu mirada tranquila... Tu voz dulce, un poco grave... Ese aire como de enferma que siempre has tenido, Laura...

LAURA.—¡Muy bien! Todos tenéis el gesto adecuado, la actitud que corresponde a la situación... (*Burlona.*) Este gesto patético, Juan... En la mirada de Inés, como un terror

LAURA.—Quiero creer que no habéis bebido... Que estáis alucinados... En fin, despertad... Soy yo, Juan... No me miréis así... ¿Qué te pasa? Me tienes entre tus brazos, ¿no? Entonces...

JUAN.—(Con emoción.) Sí. Eres tú.

LAURA.—Bésame, Juan. Descáame un feliz año. Yo te lo deseo a ti.

JUAN.—(La besa.) Laura...

LAURA.—¿Estoy aquí, Juan? ¿Crees que estoy aquí contigo? ¿O aún te parece... que soy una especie de fantasma?

JUAN.—(La estrecha entre sus brazos.) No, Laura.

INÉS.—(Repite.) No es posible.

LAURA.—¿Qué crees? ¿Qué te pasa? ¡Inés, por Dios! No me mires así.

INÉS.—Oímos tus gritos de socorro. Te vimos muerta. Asistimos a tu entierro. En el cementerio está tu tumba con una lápida.

LAURA.—Estará mi tumba..., "pero yo no estoy todavía allí". (Trata de sonreír.)

PEDRO.—(Recuerda.) Era un día de lluvia. Debajo de un paraguas, el sacerdote dijo los salmos. ¿Lo recordáis?

LAURA.—Nadie sabe todavía qué sacerdote dirá mis salmos, Pedro. No te preocupes. Es..., es grotesco. ¡No sé si reírme... o asustarme!

JUAN.—Escucha, Laura... Al día siguiente me levanté sin haber dormido. Me encontré sin ti y estuve a punto de matarme. No estoy bromeando. Es cierto.

LAURA.—¿A punto de matarte? ¿Cuándo, Juan?

JUAN.—No sé. (Se encoge de hombros.) Quizá mañana.

LAURA.—(Gime.) Cállate. Me vais a volver loca entre todos.

JUAN.—Laura, te miro, te tengo aquí. ¡Y siento mucho miedo!

LAURA.—Tenéis que tranquilizaros. Habéis tenido una

alucinación mientras yo estaba arriba... No puede ser otra cosa... Ya pasará...

INÉS.—¿Qué día es hoy?

LAURA.—Treinta y uno de diciembre de mil novecientos cincuenta y cuatro.

JUAN.—¿Seguro?

LAURA.—Pues claro, Juan.

JUAN.—(A los otros.) Era el treinta y uno de diciembre de mil novecientos cincuenta y cinco, ¿verdad?

PEDRO.—Sí. Yo he quitado la hoja del calendario antes de salir de casa.

INÉS.—Sí. Yo lo he visto.

ALFONSO.—A mí también me parecía.

LAURA.—Bueno, ya pasó todo.

ALFONSO.—No sé.

LAURA.—¿Qué quieres decir? (Un silencio.)

ALFONSO.—(Mira aprensivamente a su alrededor.) Que si de verdad estás aquí, corres un gran peligro esta noche. Hay que tener cuidado.

LAURA.—No os preocupéis. Yo sé cuidarme. (Se levanta y sirve licores.) Vamos, unas copas. (Ellos se miran.)

PEDRO.—No deberíamos beber.

ALFONSO.—No.

LAURA.—¿Por qué?

ALFONSO.—Habíamos bebido. Por eso nadie se dio cuenta. Nadie pudo defenderte.

LAURA.—Vamos, qué tontería. Bebed conmigo. Feliz año. (Dudan. Beben.)

PEDRO.—Feliz año, Laura.

LAURA.—Así que habíamos bebido.

PEDRO.—Tú no.

LAURA.—Vosotros.

PEDRO.—Sí.

LAURA.—(A INÉS.) ¿Tú también?

INÉS.—También.

LAURA.—(*Que parece tranquila.*) ¿Y cómo fue?

INÉS.—¿Como fue qué?

LAURA.—(*Ríe un poco nerviosa.*) ¡Pues mi muerte...!

INÉS.—Llamó alguien a la puerta. Nosotros ni lo oímos. Solo tú. Así que abriste.

LAURA.—¿Y...?

INÉS.—No había nadie.

LAURA.—Si habíais bebido tanto, ¿cómo sabéis todo eso? ALFONSO.—Lo reconstruimos después penosamente. Con pequeñas cosas que recordábamos. De un modo confuso.

INÉS.—Yo no oí los golpes en la puerta ni el timbre, pero me di cuenta de que abríais y volvíais a cerrar.

LAURA.—¿Y entonces?

INÉS.—Volvieron a llamar. Esta vez lo oí.

LAURA.—Y yo volví a abrir.

INÉS.—Sí. Ellos cantaban, daban voces. Tú abriste y saliste al jardín. Yo me acerqué, tambaleándome un poco, a la puerta y miré hacia afuera.

LAURA.—¡Ah!, tú viste... Tú viste cómo...

PEDRO.—Sí, Laura, ella lo vio. Al día siguiente pudo recordar unos fragmentos... de aquella escena horrible.

LAURA.—¿Y cómo fue? Perdonadme... (*Sonríe pálidamente.*) este interés por enterarme de mi muerte. ¿No os parece lógico?

INÉS.—El hombre se abalanzó sobre ti.

LAURA.—Ah, un hombre.

INÉS.—Estaba escondido entre los arbustos y se abalanzó.

LAURA.—(*Un poco inquieta.*) ¿Y cómo era?

INÉS.—Yo no pude distinguirlo.

PEDRO.—Luego, cuando lo encerraron en el manicomio, lo hemos visto todos.

ALFONSO.—Qué más da como sea, Laura.

LAURA.—(*Sonríe levemente.*) Quiero saber cómo es el hombre que va a matarme. Es, si quieres, un capricho fúnebre.

ALFONSO.—En el manicomio, cuando lo cogieron después de..., de matarte, cambió de aspecto. Tú querrás saber cómo era en aquel momento, es decir, "ahora"...

PEDRO.—Ahora está encerrado.

ALFONSO.—No. Ahora ronda el jardín. ¿Olvidas que acabo de verlo?

INÉS.—Es posible que se haya escapado. Dicen que los asesinos vuelven a los lugares de sus crímenes.

ALFONSO.—O que no lo hayan encerrado aún..., porque antes tenga que matar a Laura... Pues es... (*A LAURA.*) Llévame una gabardina sucia. Está pálido. Mira de un modo raro con su único ojo. Lleva una cuerda en la mano, una cuerda anudada. Como una cuerda de horca...

LAURA.—(*Palidece.*) El.

JUAN.—¿Qué quieres decir?

LAURA.—Es él.

JUAN.—¿Quién?

LAURA.—El hombre de mi sueño.

JUAN.—¿De qué sueño?

LAURA.—Un sueño de horror que tengo desde que era una niña.

JUAN.—Nunca me lo dijiste.

LAURA.—Nunca le he dado importancia a los sueños.

PEDRO.—¿Has visto un hombre así en tus pesadillas?

LAURA.—(*Horrorizada.*) Sí. Me es familiar. ¡Lo he visto tantas veces! Su único ojo. Su boca un poco torcida. La cuerda. Tiene el pelo rojizo.

ALFONSO.—¡Sí! ¡Es él!

LAURA.—Ese hombre, en mi sueño, siempre me perseguía. Yo trataba de huir, pero no conseguía avanzar. ¡El hombre me alcanzaba! ¡Me mataba a golpes! Entonces me despertaba con una angustia horrible. (*Un silencio. Todos se miran con terror.*) ¿Qué..., qué se sabe de él?

ALFONSO.—Acaba de estar en el jardín. Volverá.

LAURA.—¡Tú lo has visto!

ALFONSO.—Sí.

LAURA.—¡Me está buscando!

PEDRO.—Para él debe de ser terrible que tú estés aquí..., después de lo que él hizo... la otra Nochevieja.

LAURA.—¿Alguien puede creer aún... "que ya lo hizo"? Entonces, ¿quién soy yo? ¿Queréis volverme loca?

PEDRO.—Nos estás arrastrando, Laura..., a tu tiempo..., al lentísimo tiempo en el que vives y en el que todavía no has muerto. Todavía nos resistimos un poco, pero ya... todos vamos estando contigo..., aceptando que todo lo que creíamos real era un sueño. (*Un silencio. LAURA trata de aparentar tranquilidad. Dice, con afectada despreocupación:*)

LAURA.—En ese sueño vuestro, ¿qué habéis sabido de él..., de mi asesino?

ALFONSO.—Se publicaron fotografías en los periódicos... relatos de su vida... Está enfermo. En estos momentos no se da cuenta de nada de lo que hace. Vive en una ausencia terrible. Ronda los hoteles de este barrio. Sin darse cuenta, busca una presa.

LAURA.—Pero ¿por qué?

ALFONSO.—Ese hombre está loco, Laura. Cuando lo cogí, después de..., de lo tuyo, se descubrirá que hace años mató a su mujer y a sus hijos.

LAURA.—(*Se cubre los ojos.*) Qué horror.

ALFONSO.—Sí...; es un hombre horrible.

LAURA.—(*Medrosamente.*) ¿Y qué hará ahora, en... este momento?

ALFONSO.—(*Cierra la persiana.*) Ahora está desesperado bajo la nieve. Ha bebido con unos borrachos. Merodea por estos alrededores. Antes de que acabe la noche, habrá matado a alguien. La Policía lo cogerá, junto al río, en el momento de dar un pedazo de pan a una niña. Mirará a los policías dulcemente y se sorprenderá de haberte matado. Este es el relato de los periódicos.

LAURA.—¿De qué periódicos?

ALFONSO.—De..., de los de mañana, supongo. (*Un silencio.*)

LAURA.—En mis sueños me mataba ahogándome... y a golpes, a patadas....

INÉS.—Aquí también....

LAURA.—No hicisteis nada por salvarme. En mis sueños tampoco acudía nadie a socorrerme.

INÉS.—No podía. No me pude mover.

LAURA.—Nadie acudía en mi socorro.

JUAN.—¡Nadie!

LAURA.—Debe de ser horrible morir así.

JUAN.—¡No lo pienses!

LAURA.—(*Con una voz triste.*) Juan, ¿sabes?, yo no quiero morir. Yo no quisiera morir esta noche.

JUAN.—Estás con nosotros. No pasará nada.

INÉS.—Laura, querida Laura. Ahora me voy dando cuenta de que, en efecto, estás aquí. Qué alegría. Que bien, ¿verdad?, cuando nos despertamos de un mal sueño en que muere una persona querida y la encontramos aún con nosotros... Qué felicidad... Como tú, cada vez que te despiertas de esa pesadilla de que hablas, ¡qué alivio!, ¿verdad?

LAURA.—Pero ahora..., ahora tengo miedo.

JUAN.—No... Estás aquí entre amigos que te quieren... Estás conmigo...

LAURA.—(*Tiembla.*) ¡Es una locura, pero me parece como si fuera a suceder! (*Se acaricia el cuello con espanto.*) ¡Está ahí! ¡Huelo su aliento! ¡Es como una fiera rabiosa! ¡No puedo correr! ¡Estoy inmobilizada! ¡Me coge! ¡Sus manos en mi pobre cuerpo! ¡Me resbalo en la nieve del jardín! El cuello... Me ahoga... No puedo respirar... ¡Socorro! ¡Socorro!

INÉS.—Así gritaste. ¡Todavía tengo tus gritos... aquí!

LAURA.—¡No! ¡Así gritaré! ¡Os pido que, cuando suceda, acudáis todos! ¡No me dejéis morir así!

PEDRO.—Cálmate. (*Un silencio.*)

LAURA.—(*Parece apaciguarse.*) Es extraño. ¿Así que me creáis muerta? También a mí me parece como si hubiera muerto ya. Es como si recordara mi muerte. Estoy tranquila. Me he tranquilizado porque ya nada puede ocurrir, "porque todo ha ocurrido ya". Resulta raro... que uno recuerde su propia muerte, ¿verdad?

ALFONSO.—Alguien dijo: "Me moriré en París con agua un día del que tengo ya el recuerdo..."

JUAN.—El hombre que escribió eso murió en París...
ALFONSO.—Un día de lluvia que él ya recordaba. (*Un silencio.*)

JUAN.—Estamos en casa. Celebramos la Nochevieja. No hay razón para temer que suceda algo malo... Son fenómenos mentales... sin importancia... ¿Queréis oír un poco de música? O bailar... (*Pone un disco. Se oye una pieza lenta. La escuchan.*) ¿No os animáis? (*Una pausa.*)

PEDRO.—(A LAURA.) ¿Quieres bailar?

LAURA.—Sí. (*Bailan.*)

ALFONSO.—(A INÉS.) ¿Y tú?

INÉS.—Sí... (*Bailan. JUAN los mira pensativo. De pronto LAURA se echa a llorar.*)

LAURA.—¡No puedo! ¡No puedo!

JUAN.—Laura, Laura, ¿qué te ocurre?

LAURA.—¡Tengo miedo! ¡Tengo mucho miedo!

JUAN.—Es una mala noche. Mañana, con la luz del día, nos reiremos de todo esto. Mientras tanto... (*LAURA llora nerviosamente.*)

ALFONSO.—Creo que tengo la solución.

JUAN.—¿Cuál es? No veo...

ALFONSO.—Dispersarnos... El mal viene de la reunión... Los fenómenos más raros suceden en determinadas reuniones... Nosotros cinco debemos crear una atmósfera propicia. En cuanto nos separemos, todo volverá a ser normal.

PEDRO.—Así lo creo. La reunión es el supuesto de to-

do..., hasta del crimen... Si la disolvemos, no puede ocurrir nada.

JUAN.—Como queráis.

INÉS.—Sí, será mejor.

PEDRO.—Te llevamos a casa.

ALFONSO.—Gracias.

INÉS.—Laura, buenas noches. Trata de dormir.

LAURA.—Lo intentaré.

PEDRO.—Adiós. Hasta mañana.

LAURA.—Adiós.

ALFONSO.—Adiós. En fin, Juan... Feliz año...

JUAN.—Gracias. Buenas noches. (*Los ha acompañado hasta la puerta. Cierra. Echa el cerrojo. Quedan solos LAURA y él. JUAN duda antes de acercarse a LAURA. Por fin:*) Laura. (*LAURA vuelve la cabeza hacia él. Está llorando aún.*) Te has asustado mucho, ¿verdad?

LAURA.—Sí.

JUAN.—Pobre Laura. (*La acaricia.*) No hay nada que temer. Es cierto que el mal venía de la reunión. Se ha roto el maleficio. Estamos solos. Luisa está en la cocina, con sus pequeñas obsesiones... O puede que se haya acostado ya...

LAURA.—¿Sus obsesiones? No sabía...

JUAN.—Sí. Eso me ha dicho. Que tiene pequeñas preocupaciones. Que les da muchas vueltas a las cosas.

LAURA.—Ya es vieja. Está cansada.

JUAN.—Le he ofrecido unas vacaciones, pero no quiere. (*Un silencio.*) Laura, tú no lo sabes.

LAURA.—¿Qué es lo que no sé?

JUAN.—No sabes cuánto te quiero.

LAURA.—Sí lo sé, Juan. Gracias. Soy muy feliz sabiendo tan querida por ti.

JUAN.—No lo sabes, Laura. Yo tampoco lo sabía. Esto no lo sabe uno... hasta que no ocurre la desgracia... (*Se pasa la mano por la mejilla.*)

LAURA.—Juan, ¿estás llorando?

- JUAN.—Te quiero...
- LAURA.—Pero, Juan... (*Se besan. Llaman a la puerta.*)
 JUAN *se pone de pie. Un silencio. Con miedo:*) No abras.
 No abras.
- JUAN.—No. Pero voy a ver quién es. (*Va a la puerta y mira por la mirilla.*) Son ellos otra vez.
- LAURA.—(*Grita.*) ¡No abras!
- JUAN.—¿Por qué no? Si son nuestros amigos. (*Abre. Entran ALFONSO, INÉS y PEDRO.*) ¿Qué ocurre?
- PEDRO.—Es imposible sacar el coche de esta calle. Patinamos en el desmonte y no puedo maniobrar para salir por abajo. Hay medio metro de nieve.
- ALFONSO.—Qué frío hace.
- PEDRO.—No sé qué hacer.
- JUAN.—Sentaos al fuego. Ya lo pensaremos. (*INÉS se sienta. Se frota las manos.*)
- INÉS.—(*A LAURA.*) Hay ventisca, ¿sabes? Y un frío... Vamos, Laura. Qué pálida estás.
- LAURA.—(*Trata de sonreír.*) ¿Sí? Es que no me encuentro bien del todo.
- PEDRO.—Ya sé. Voy a pedir un taxi. Hasta la calle principal podrá llegar.
- JUAN.—Supongo. (*PEDRO pasa a la habitación de al lado.*)
- ALFONSO.—Esperemos que venga pronto. Estoy descañado ver las luces del centro.
- LAURA.—(*Los mira medrosamente.*) Ya estamos todos otra vez. Creía que me iba a salvar.
- ALFONSO.—Nos iremos en seguida.
- INÉS.—No temas. Hay cosas, de las que sabíamos, que no han sucedido. Por ejemplo, no hemos bebido nada. (*Vuelve PEDRO.*)
- PEDRO.—Ya está.
- ALFONSO.—¿Vendrán pronto?
- PEDRO.—Sí. He pedido dos. Así nos separaremos aquí mismo todos.

- ALFONSO.—Muy bien. (*Un silencio.*) Entonces no hay que hacer otra cosa que esperar... Vendrán pronto. (*Nadie dice nada. Han quedado pensativos, absortos. INÉS saca un cigarrillo y lo enciende con el encendedor amuleto. Fuma. Juguetea con el encendedor. LAURA se fija en él con extrañeza.*)
- LAURA.—A ver, Inés... (*INÉS se lo tiende. LAURA lo toma. Lo mira. Dice a JUAN:*) Es como el que te di ayer, ¿no? El que nos encontramos Alfonso y yo.
- JUAN.—Es el mismo. Se lo he devuelto a Inés. Es suyo.
- ALFONSO.—Sí, ¿no sabes? Es suyo. Lo perdió en el taxi, y poco después lo encontramos tú y yo. Una casualidad. Mientras estabas arriba lo ha sacado Juan. Inés lo ha reconocido en seguida.
- LAURA.—Me alegro de habértelo devuelto, Inés, aunque haya sido de este modo tan especial.
- INÉS.—Se lo hubiera dejado para Juan, pero es un viejo recuerdo... de mis tiempos de estudiante.
- LAURA.—(*Lo mira curiosamente.*) Me pregunto para qué servirá esta cuerda. Este nudo parece hecho con alguna intención...
- INÉS.—Esa cuerda es un viejo amuleto indio. (*LAURA enciende un cigarrillo en el encendedor.*)
- LAURA.—(*Fuma.*) ¿Me lo prestas? Si es un amuleto... a mí me protegerá esta noche.
- INÉS.—(*Sonríe.*) Como quieras... (*Un silencio. Parece que LAURA siente un escalofrío.*) ¿Qué te ocurre?
- LAURA.—(*Mira hacia el jardín con aprensión. Murmura:*) El jardín...
- JUAN.—¿Qué pasa?
- LAURA.—Nada. Está en silencio.
- PEDRO.—Es lo natural.
- LAURA.—No sé. Asusta un poco ese silencio.
- ALFONSO.—¿Qué quisieras oír?
- LAURA.—(*Escucha y mueve la cabeza, inquieta.*) No lo

sé. Algo. Sería mejor... ¿Quién está ahí? Si es un enemigo, ¿por qué no oímos su voz, sus amenazas? Sabríamos a qué atenernos. Si por casualidad es un amigo, ¿por qué no nos dice alguna dulce palabra... de vez en cuando? Todo menos dejarnos así, tan solos..., tan llenos de miedo en esta casa. Unos pobres niños... en una noche de invierno. ¿Por qué?

ALFONSO.—Pero ¿qué dices, Laura? "Algún amigo"... y lo que hace es rondar la casa para matarte. No es un amigo, por desgracia.

LAURA.—Vosotros mismos lo habéis dicho... que él no quiere matarme. Que ni siquiera sabe quién soy yo. Es... un pobre hombre. Me da mucha pena de él, porque tiene que hacerlo y estará triste. (*Sonríe levemente.*) Un pobre verdugo... pálido. (*Va junto a la ventana. Mira hacia el exterior y murmura:*) Tengo mucho miedo; pero ya... es como si no me importara mucho. (*Se vuelve hacia JUAN.*) El jardín... éstaro esta noche, ¿verdad? Parece... algo así como las "tinieblas exteriores", como el infierno... Nos produce el miedo de lo sobrenatural...

JUAN.—(*Murmura.*) Calla, Laura. No sigas..., por favor. (*Pero LAURA continúa dulcemente.*)

LAURA.—Ese pobre jardín que se pone hermoso en primavera... Esta noche..., esta noche es la cueva de los demonios, el gran infierno... habitado por un solo hombre con un único ojo. ¿Quién será? (*JUAN hace un gesto de que no siga, pero ella continúa:*) Un único ojo que nos mira desde la sombra... Un ser que está ahí, invariable... Nos da miedo, terror, pensar en él... No lo entendemos. ¿Qué quiere de nosotros? ¿No será... Dios? (*JUAN se ha quedado mirando hacia el techo, inmóvil.*) ¿Qué te pasa, Juan? (*JUAN no contesta. Eleva las dos manos de un modo extraño y parece como si tratara de guardar un inestable equilibrio. Lo miran con horror.*)

ALFONSO.—Pero, Juan...

JUAN.—Parece como si la casa hubiera empezado a dar

vueltas de pronto, como si..., como si, por un momento, hubiera estado a punto de caer en el vacío. (*De pronto, con horror, grita, mirando hacia arriba.*) ¡Ahora vuelve! ¡No sé lo que ocurre! ¡Nos hundimos en el vacío! (*Alza las manos. PEDRO trata de ir en su socorro y se tambalea.*)

INÉS.—(*Grita.*) ¡Pedro! (*PEDRO se detiene. Mira a INÉS, como extrañado. Trata de explicar:*)

PEDRO.—Una náusea... como si hubiéramos bebido mucho. Es extraño. (*Trata de ir hacia JUAN, pero no se atreve a moverse. ALFONSO ha quedado inmóvil, rígido.*)

ALFONSO.—(*Sin mirar a nadie.*) Yo... no puedo moverme. Siento... vértigo. Y me parece como si me fuera a caer al suelo. (*INÉS se sienta y cierra los ojos. LAURA lo mira todo con horror. Grita.*)

LAURA.—¡Juan! ¡Juan! ¿Qué os pasa? ¿Qué os está pasando? ¡No me dejéis sola... aquí! (*Nadie responde. JUAN trata de avanzar hacia ella y vacila. Está a punto de caer.*) ¡Juan! (*JUAN tiene una mirada neutra. Vuelve a mirar al techo. LAURA, agitada, se vuelve hacia INÉS. Grita:*) ¡Inés! (*Pero INÉS se echa a llorar y se tapa los ojos. En ese momento llaman a la puerta. LAURA escucha, rígida. Insisten en la llamada. Nadie la oye; solo LAURA y quizá, débilmente INÉS. LAURA, ahora de un modo natural, como si no hubiera ningún peligro, va a la puerta y abre. El ruido de la ventisca. No hay nadie. LAURA sale al jardín. Silencio. Es JUAN el primero que empieza a recobrar la conciencia de lo que lo rodea. Mira a los otros como extrañado. Los mira uno a uno. Entonces descubre que no está LAURA. Grita.*)

JUAN.—¿Y Laura? (*Pero nadie le responde. Entonces JUAN mira la puerta. Está abierta. Angustiado, corre hacia la salida. Llama:*) ¡Laura! (*Su grito resuena extrañamente en la noche. Sale. Es INÉS ahora quien se mueve. Cruza ante PEDRO y ALFONSO, como tratando de ver si puede andar. ALFONSO oye sus pasos y parecen extrañarle. Mira a INÉS, siguiendo su movimiento. Entonces, de pronto, se da cuenta*